

combate de Nochistlán, sólo refiere que Oñate amonestó á los principales caciques para que no volvieran á sublevarse; dejándolos que se retiraran á vivir en paz en sus tierras.

El P. Tello nos hace saber que entre los prisioneros referidos se encontraba D. Diego; pero no vuelve más á ocuparse de él en el curso de su *Crónica*.

D. Carlos M^a de Bustamante¹ citando al historiador Herrera, dice que después de preso *Tenamaxtle*, ofreció voluntariamente á los españoles ir á hablar á los indios de algunos pueblos, á fin de que dejaran las armas y vivieran en paz, en cuya misión obtuvo favorable éxito; pero nada se dice respecto de si siguió al servicio de los españoles ó fué también á vivir pacífico á su tierra.

El P. Frejes supone que en la derrota del Mixtón *acabaron su carrera los más valerosos jefes, porque después no se supo más de ellos*.

Zamacois nos hace saber que cayó prisionero en Nochistlán y que después lo llevó consigo el Virey Mendoza para que le ayudara á pacificar á los del Mixtón, en cuya empresa tuvo buen éxito.

Por último, Pérez Verdía cree que *Tenamaxtle* siguió tomando parte en la guerra del Mixtón, de cuya fortaleza escapó, capitaneando algunos dispersos, con los cuales se retiró á la Sierra del Nayarit. Esta última opinión parece más probable, supuesto que si los prisioneros de Nochistlán obtuvieron su libertad, merced á la generosidad de Oñate, bien pudo el jefe *zacateco* volver á unirse con los suyos en el Mixtón, de donde para escapar de la venganza, quizá le fué forzoso huir y retirarse del teatro de la guerra, ya sea por la desmoralización que pudo haberle causado el mal comportamiento de muchos de sus aliados, ó bien por la convicción de haber considerado ya muy difícil ó inútil la resistencia contra los españoles.

De todos modos es realmente sensible no poder fijar el fin que tuvo tan intrépido y patriota caudillo, cuya figura se destaca llena de heroísmo y de grandeza en el esplendente cielo de las antiguas glorias de Zacatecas; y por lo mismo, la memoria de *Tenamaxtle* es para nosotros y será para nuestros descendientes, una herencia respetable, imperecedera y digna.

¹ Suplemento de la Conquista.

CAPITULO XXVI.

[1541.]

Llega el Virey Mendoza al frente del Mixtón.—Dirige una arenga á la tropa. Aprestos para el combate.—Requerimiento á los sublevados.—Se comienzan las hostilidades.—Nuevo requerimiento.—Bizarra conducta de los indios.—Se prolonga el sitio para vencer por hambre á dichos indios.—Comienzan á desertar algunos defensores del Mixtón.—Reoentre los caciques y los del Teul.—Pérdido proceder de los últimos.—Ordena el Virey que la artillería haga fuego continuo sobre la entrada al Mixtón.—Consulta el Virey á Oñate sobre el mejor modo de poner fin al sitio.—Dícese que el Apóstol Santiago ayudó á los españoles en dicho sitio.—Sucumbe la inexpugnable fortaleza del Mixtón después de 20 dias de sangrientos combates.—Heróico comportamiento de los sitiados.—Captura de 6,000 indios dispersos.—Pretende el Virey mandarlos pasar á cuchillo.—Impide este feróz pensamiento el P. Fr. Antonio Segovia.—Fúndase con dichos dispersos el pueblo de Juchipila.

Llegó el Virey con su ejército al frente del Mixtón el día 26 de Diciembre, y después de haber pasado personalmente revista á la tropa, dirigió una breve arenga á sus capitanes y soldados, exhortándolos á pelear con valor, puesto que del hecho de armas que iba á tener lugar, dependia la estabilidad ó la ruina de la conquista de la Nueva Galicia y aún de la Nueva España, y concluyó manifestándoles que en esta lucha estaba empeñado el nombre español, y que por tanto, confiaba al valor de tan bravos soldados el buen éxito de la empresa.

Pasó el resto de ese dia ocupándose la tropa en acabar de alistarse para el combate, y el dia siguiente después de haber oído misa, la cual celebró Don Pedro Maraver, el ejército tomó posiciones en diversos puntos, colocándose la artillería frente á la fortificación principal.

En seguida se cumplió con lo acordado en el consejo del dia anterior; esto es, mandó el Virey requerir de paz á los sublevados; pero éstos, firmes en su resolución de defen-

derse, respondieron lanzando algunos insultos y reproches á los españoles. Dos veces más se les intimó y otras tantas desecharon las proposiciones y amenazas del Virey.

En vista de esto se rompieron las hostilidades. La artillería arrojaba numerosos proyectiles sobre las trincheras, pero como la mayor parte de éstas estaban formadas por las mismas rocas y relices del cerro, ningún efecto destructor producía la artillería sobre ellas, al paso que los sitiados, haciendo uso de piedras rodadizas y de multitud de flechas, lograban arrollar las columnas asaltantes, haciendo en sus filas algunos heridos; más como ninguna ventaja positiva pudo obtener el Virey en este primer encuentro, se suspendió la lucha, empleando el resto del día en atender á la curación de los heridos.

Al día siguiente quiso el Virey probar por última vez el resultado de una nueva intimación, mandando requerir á los sitiados, quienes respondieron que ellos estaban pacíficos en sus tierras y que sabían muy bien que los españoles no querían otra cosa que despojarlos de ellas, agregando á esta respuesta algunas frases ofensivas en las que dieron á entender que los españoles eran cobardes y que solo querían vivir á costa de los bienes y el trabajo de los indios.

A esta oportuna y enérgica contestación, se siguió un mortífero fuego de artillería que causó terribles estragos entre los defensores del Mixtón, sin que esto los desanimara un instante, pues á pesar de las numerosas bajas que sufrieron en el asalto de ese día, muy poco terreno lograron avanzar los soldados del Virey, y antes bien, pudieron persuadirse de que no era cosa tan fácil vencerlos en un solo asalto ó en un solo día, por cuya razón se apeló al recurso de prolongar el sitio, con el fin de rendir por falta de víveres á los indios, ya que los primeros ataques habian resultado infructuosos hasta entónces.

En efecto, aquella numerosa legión de indómitos guerreros, entre los cuales estaban muchísimas mujeres y niños, necesariamente tenia que consumir cada día gran cantidad de municiones de boca que no era posible reponer, pero no fue esta la causa principal del funesto desenlace que viniera pocos días después á poner término á un sitio en que los *caxcanes* y sus aliados habian concentrado todos sus elementos de guerra, todo su valor, toda su herolicidad y patriotismo.

Algunos de los confederados, á quienes probablemente movieron sentimientos de privado interés, más bién que el sagrado deber de combatir por la patria, viendo que se retardaba la derrota del ejército español, y que por lo mismo no podían satisfacer sus deseos de venganza y de rapiña, comenzaron á desertar en diversos grupos, dejando así más reducido é impotente el número de los sitiados. Estos no se desmoralizaron con la débil é inesperada conducta de tan malos aliados, y sin perder tiempo enviaron algunos mensajeros á los del Teul, para invitar á sus habitantes á probar su valor y sus fuerzas contra los españoles, amenazándolos al mismo tiempo con la venganza, en el caso de que se resistieran á aceptar la invitación que se les hacía.

Los *teultecos* más bien impulsados por los sentimientos de amor propio, que por llenar un deber de sincero patriotismo, aceptaron al fin el reto, pero ántes procuraron ponerse de acuerdo con los españoles, para consumir la más inícuca felonía, entregando á sus compañeros de armas en manos de los conquistadores.

En efecto, salieron del Teul 2000¹ robustos guerreros á unirse con los del Mixtón; pero dispuestos como estaban á defecionar, dijeron luego á los *caxcanes* que iban á enseñarles á pelear; mas como los de la fortaleza no quisieran bajar á combatir en campo abierto á los españoles, comenzaron á descender los *teultecos* por una vereda angosta, y cuando hubieron bajado el cerro, avanzaron formados en ala, simulando envolver el campamento del Virey. A su vez los españoles se pusieron en movimiento como en actitud de atacar á los del Teul, los cuales disparaban al aire sus flechas, sin intención de causar daño ninguno á los soldados españoles.

Terminada esta fingida escaramuza, resultaron como prisioneros en ella, el cacique del Teul y muchos de sus subalternos; pero otros que no fueron capturados, subieron al Mixtón á decir á sus defensores que bajaran á pelear como ellos lo habian hecho, pues así era como debían probar su valor. Los *caxcanes* sin embargo, no se dejaron sorprender con esta argucia y continuaron defendiendo con constancia y arrojo sus posiciones; pero como el cacique del Teul habia

¹ Frejes dice que sólo fueron 1000 *teultecos*.

informado al Virey respecto de las continuas deserciones que experimentaba el ejército sitiado, de la escasez de víveres en que se encontraba y del único camino ó vereda por donde se podía subir al cerro más fácilmente, ordenó el Virey, después de quince días de inútiles esfuerzos y de continuos ataques, que la artillería batiera tenazmente la entrada referida, mientras el ejército atacaba por otros puntos la fortaleza. El combate fué reñido y se sostuvo con igual intrepidez por ambas partes, pero en él sufrieron más destrozos y bajas los sitiados. A pesar de esto, no fué posible á las tropas del Virey seguir combatiendo ese día, pues el cansancio y la fuerza del calor las obligó á suspender el ataque para tomar algún descanso y alimento.

Don Antonio de Mendoza, sorprendido de ver tan tenaz resistencia y quizás avergonzado de que hubieran transcurrido tantos días sin poder tomar la fortaleza del Mixtón, apesar de las considerables bajas que habían sufrido los defensores y de las difíciles circunstancias que cada día hacían más comprometida ó peligrosa su situación, estuvo á punto de levantar el sitio, pero ántes mandó llamar al gobernador Oñate, á fin de consultarle lo que convendría hacer para poner fin á aquel sitio, que se iba prolongando más de lo que se creía. Oñate aconsejó al Virey que tuviera paciencia, puesto que sin necesidad de comprometer ningún combate formal con los sitiados, éstos al fin tendrían que ceder con solo sujetarlos á un riguroso sitio que les privara de todo recurso exterior y que les pusiera al fin en la precisa condición de rendirse por falta de víveres.

Las historias que hablan de este sitio hacen referencia á la intervención que el Apóstol Santiago tuvo en él, pues según el relato de un jóven llamado Juan del Camino y de Cristóbal Romero, andaba á caballo el referido Apóstol espada en mano peleando con inusitado arrojo contra los indios en lo más encumbrado del cerro; visto lo cual por los españoles y sorprendidos de ver que un solo hombre hacía tantos destrozos y prodigios de valor en el campo enemigo, se lanzaron á secundarle, logrando así una definitiva é inesperada victoria.

El Apóstol desapareció en seguida de entre los combatientes, porque cuando dió fin la pelea, no se le volvió á ver más. Este raro incidente no podía ménos que reputarse

como verdadero favor del cielo é influir de una manera poderosa en el ánimo de los vencedores, quienes agradecidos por tan importante servicio, acordaron, secundados por los religiosos que seguían al Virey, sacar una procesión pública y que se entonara un *Te Deum* en acción de gracias, habiéndose erigido después en lo alto del cerro, una capilla consagrada al intrépido y victorioso Apóstol, la cual mandó edificar y bendijo el P. Fr. Antonio de Segovia.

Esta leyenda, en la que por cierto no representa un papel muy humanitario el Apóstol Santiago, parece ser más bien una creación fantástica del espíritu visionario y supersticioso dominante en aquella época, lo que no impidió que se transmitiera (con toda la apariencia de la verdad) de generación en generación, pues todavía en nuestros días subsiste, entre algunas gentes de los pueblos inmediatos al Mixtón, la creencia de que el Apóstol Santiago ayudó á los españoles á vencer á los indios; y aún se tiene como milagrosa y alegórica, una figura natural ó ficticia que parece representar al guerrero apóstol, en un reliz ó peña tajada que se encuentra en la Sierra de Morones, cerca de Tepechitlán. Mas haciendo á un lado esta tradición, que por inverosímil y absurda no es digna de aceptarse, conviene advertir que la inexpugnable fortaleza sucumbió por causas ó motivos que están en el orden natural y preciso de esta clase de acontecimientos.

La traición, la escasez de agua, el hambre, las deserciones, las enfermedades, las fatigas continuas, el crecido consumo de municiones de guerra, así como la superioridad de los conocimientos militares y de las armas de los españoles, todo contribuyó á resolver desfavorablemente para la confederación indígena, el éxito de un sitio que llevaba ya como veinte días de heróicos y sangrientos encuentros, en que los castellanos tuvieron ocasión de conocer el arrojo y la temeraria intrepidez de los sitiados, pues se asegura que en el último asalto las rocas del cerro quedaron literalmente teñidas de sangre, porque los vencidos, cuando ya no pudieron contener el empuje de los asaltantes, preferían dejarse traspasar por las espadas y las picas de sus adversarios, ántes que rendirse voluntariamente á ellos; otros de los sitiados se despeñaban dejándose caer á los precipicios y resultando muertos ó estropeados; otros, en fin, quedaron fuera

de combate heridos ó imposibilitados por el cansancio, pues apenas logró escapar un corto número de fugitivos.

En resúmen, más de 10,000 cadáveres permanecieron por algunos años en el campo, dando testimonio evidente de que los *caxcanes* y sus aliados supieron luchar como valientes por su independencia.

En cuanto á los españoles y los indios auxiliares, es de admirar cómo en tan frecuentes y encarnizados ataques, solo tuvieron algunos heridos y pérdidas relativamente insignificantes; pero este fenómeno puede explicarse fácilmente.

Las armaduras de hierro y de otros materiales resistentes con que generalmente se cubrían los españoles les hacían invulnerables á las flechas y á otras armas punzantes de los indios, en tanto que éstos se presentaban casi desnudos en el combate. Los españoles que vinieron á la conquista de estas tierras, eran soldados de caballería en su mayor parte; razón porque cuando llegaban á ser rechazados y vencidos, fácilmente podían escapar al alcance de los enemigos. Por otra parte, los españoles probablemente procuraban ocultar en lo posible las bajas que sufrían en los combates, pues pocas veces se lee en la historia referente á la época que nos ocupa, la relación circunstanciada de los muertos y heridos que se les hacían.

Así no debe parecer extraño que en la última guerra del Mixtón, en la que combatieron cerca de 1,000 españoles y más de 30,000 indígenas auxiliares, no hubiera habido pérdidas de vidas en el ejército del Virey, ó que los historiadores pasen en silencio este punto, sin olvidarse de las que sufrieron los sitiados.

Concluido el memorable sitio del Mixtón tuvo noticia el Virey de que en una quiebra ó cañada del cerro, habían quedado ocultos 6,000 indios de los que lograron escapar; y no satisfecho el jefe español con la horrible carnicería que sus soldados acababan de consumir en una multitud de valientes y desafortunados guerreros, intentó, en un momento de feróz exaltación, poner en práctica una orden en extremo sanguinaria y brutal; esto es, quería que los referidos 6,000 indios fueran exterminados á cuchillo;¹ pero al oír orden semejante el P. Fr. Antonio de Segovia, cuyo magnánimo co-

¹ Frejes, p. 158.

razón se estremeció de espanto y sintió profunda lástima por las numerosas víctimas con que el Virey pretendía sellar la reciente victoria, se echó á sus piés implorando gracia para los vencidos, ofreciéndole que él mismo iría á persuadirlos á que fueran á rendirse y á pedir la paz ante el mismo Virey.

Calmado éste con la humanitaria y fervorosa súplica de Fr. Antonio de Segovia y los demás religiosos, convino en permitir que fuera á entenderse con los indios, no sin haberle hecho presente el peligro en que se ponía con tal empresa. Fuese luego el P. Segovia acompañado de Fr. Miguel de Bolonia, y pasadas algunas horas volvieron al campamento del Virey trayendo á su presencia más de 6,000 indios, con los cuales se fundó de nuevo el pueblo de Juchipila el mismo año de 1542.